
PARAGUAY: LA CONSTITUCION DE LA IDENTIDAD FEMENINA EN EL CAMPO*

Ramón Fogel, María Victoria Heikel, Cristina Olazar**

1. LAS PRINCIPALES FASES DE LA DEFINICION DEL SER MUJER

El comportamiento de la mujer en relación a la reproducción y en otras esferas de la vida se basa en la idea que ellas tienen de sí mismas, y de lo que tiene que ser su responsabilidad como esposa, madre, dueña de la casa, ya sea dentro de su familia o en la sociedad circundante. Dicho en otros términos: la forma como la mujer campesina va desempeñando sus roles responde a un proyecto que ella tiene sobre su propia vida. La idea que ella se forja sobre lo que debería ser y lo que va a ser su vida se va formando en distintos ámbitos (familia, localidad, región).

En efecto, la mujer campesina construye sus ideales basada en la experiencia de su vida familiar, de su entorno y en algunos pocos contactos externos. Estas campesinas no fueron mucho tiempo a la escuela y menos aún las que son de mediana edad en este momento. En el campo, lo más importante para la elaboración de sus proyectos son las dos primeras etapas de la vida de la mujer, la niñez y la juventud.

Estas etapas de la vida difieren entre sí, tanto en su relación con la familia, como con la sociedad. También difieren las tareas cotidianas de las mujeres dentro de la familia y de la sociedad. es decir, en las distintas etapas se piensa y se espera de ellas diferentes modales y aptitudes, y la mujer interpreta e interioriza las pautas de comportamiento y de relacionamiento que le va diseñando la sociedad, para actuar de acuerdo a ellas en las distintas etapas de la vida.

En lo cotidiano, la mujer organiza su vida de acuerdo a los roles que su grupo social le dicta y con los cuales ella misma se fue identificando en el transcurso de su niñez y adolescencia.

1.1. La experiencia de la infancia

1.1.1. El trato que recibieron de sus padres

La mujer campesina crece con sus padres y no sale de su casa hasta casarse o juntarse con un varón. Las entrevista-

das recuerdan un padre severo, callado y en muchos casos con algunos vicios, pero siempre temido; en los relatos, los padres hablan poco con sus hijos y, si lo hacen, es para mandar, recriminar o castigar; los mismos cuidan y organizan la chacra y deciden lo que en ella debe producirse. Los hombres adultos son los que mantienen relaciones con agentes externos, y salen con los amigos —del partido o del boliche— ya sea a las carreras de caballos o a algún otro evento de la localidad.

Las madres, en contraste con los padres, desde el alba se encargan de las faenas en la cocina, con los animales y con los niños, frecuentemente, solas; ellas enseñan a sus hijos a respetar a su padre y mayores. En esta socialización doméstica se inculca a los hijos a no pelearse entre hermanos, a no ser «cabezudos», y a las niñas a temer y respetar a su padre; las enseñanzas de las madres comprenden el cómo cuidarse para «salir bien», no dando oportunidad a los varones, y no creyendo en ellos. Se busca que las hijas si fuere posible teman a los hombres.

Las campesinas desde niñas aprenden a callar y trabajar en todas las tareas de la casa, muchas también en la chacra, y cuidando de sus hermanitos que en la mayoría de los casos son numerosos. El trabajo intenso —desde el alba hasta el anochecer— parece tenerse como una religión y esto se da en los tres contextos socio-económicos considerados, pero en mayor medida en los hogares de infrasubsistencia; en ese caso, es más intenso el trabajo doméstico, teniendo en cuenta que las mujeres también salen a changar y las niñas van a esas tareas con sus madres o quedan solas con toda la responsabilidad en la casa, con los hermanitos.

Una característica que se advierte frecuentemente, casi como denominador común para la mujer campesina, es la violencia, que va tomando diferentes formas de expresión a lo largo de su vida, pero que siempre está presente, y es notoria en los años de la infancia. Los recuerdos del castigo físico surgen cuando se evoca a mamá y a papá (sobre todo, a este último):

«Mi papá era un salvaje.

Papá era el que nos pegaba a todos y mamá nos pegaba por cualquier cosa... (1)»

(*) Este texto es parte de una investigación cualitativa más amplia, *Mujeres campesinas y conducta reproductiva*, realizado por CEPEP-CERI (1992), Paraguay.

(**) Investigadores del Centro de Estudios Rurales Interdisciplinarios (CERI) y del Centro Paraguayo de Estudios de Población (CEPEP).

(1) Corresponde al testimonio de Deolinda, campesina excedentaria de Mayor Otaño, zona de grandes empresas agropecuarias.

Estas frases aparecen frecuentemente haciendo parte de lo cotidiano. En muchos casos, las mujeres justifican el castigo físico impuesto por sus padres (madres), tal como lo expresa Wilma, campesina excedentaria de Taropé, de la zona de viejo poblamiento: «Nos castigaban para no salir groseras, ni mal educadas».

En los relatos aparece como un hecho común el presentar reacciones que comportan violencia física del padre hacia la madre. Esta violencia varía desde discusiones fuertes —tal como aparece en la evocación de Juana Francisca de la zona de las modernas transnacionales que explotan a gran escala actividades agropecuarias (2)—, hasta golpes que ponen en riesgo la vida de la madre; un caso es el relatado por Edulfa, de un hogar de infrasubsistencia de la zona de agricultura moderna:

«Mi mamá tuvo cuatro o cinco abortos a causa de las patadas que recibió de mi papá durante su embarazo».

Existen también algunos casos, los menos, en los cuales declaran no recordar peleas ni discusiones entre el padre y la madre, pero en los cuales sí se recuerda que las/os hijas/os eran sistemáticamente castigados. De la violencia en la infancia se libraron aquellas niñas que fueron cuidadas por hermanas mayores (ya crecidas), o por abuelos que reemplazaban a los progenitores.

En las zonas de agricultura tipo farmer en las cuales predominan pautas de conducta de tipo moderno, dos madres solteras que quedaron embarazadas siendo adolescentes no recordaron haber recibido castigos físicos de sus padres, y una tercera recordó que fue castigada físicamente una vez por su padre.

La imagen de la madre está asociada a la transmisión de normas de comportamiento frente al varón y frente a personas mayores; ella es también quien regula y pone límites entre lo que está bien o está mal.

Las normas en cuestión prescriben el comportamiento adecuado de las hijas para el matrimonio, que se alcanza (o no) dependiendo de cómo se vivió antes, y se conserva (una vez alcanzado) mediante la actitud de sumisión, según recuerda Nilda, campesina de subsistencia, asentada actualmente en la zona de la agricultura moderna:

«Nuestra madre nos enseñaba de todo, nos decía cómo teníamos que vivir, para no contestar mal a nuestros maridos».

Una de las funciones maternas es ejercer el control de la «pureza» de la niña evitando situaciones de acercamiento con los varones. A su vez, las adolescentes buscan y consiguen burlar los controles en un juego doble de rigidez y desobediencia donde colisionan dos fuerzas opuestas más que complementarias, sin que existan posibilidades de establecer acuerdos.

«Nosotras queríamos ir al baile porque queríamos conversar juntos y solos», relata Wilma, de Taropé.

El parámetro con que se miden y establecen las normas de buen comportamiento está dado por pautas tradicionales. La madre intenta por todos los medios posibles que su hija no cambie, que no transgreda las conductas convencionales.

«Mamá quería que nos comportásemos como las de antes con los hombres», enfatiza Amalia Riveros, de San Lorenzo, zona de las modernas empresas transnacionales.

Para asegurar el control, además del castigo físico, se usa, básicamente en la zona tradicional de viejo asentamiento, el aislamiento para que no haya interferencia al «consejo» materno. Evitar el contacto con los demás, en el sentido literal y en el figurado, es el mecanismo válido para regular el comportamiento de las niñas y así mantenerlas aptas para el matrimonio.

Así, las niñas desde pequeñas van definiendo un mundo vital estrecho, reducido, con más especificaciones de lo que no se puede hacer que de lo que sí se puede. Las transgresiones se castigan físicamente, el tiempo se ocupa trabajando (en la casa y en la chacra), y lo más importante es que se va creando una falsa expectativa de «libertad» para cuando llegue el matrimonio. «Prepararse para la vida...», que comienza al tener marido.

«Mientras éramos solteras si queríamos hacer lo que a nosotros nomás nos gustaba, ya estábamos cobrando» (recibiendo castigo físico), señala Wilma, la campesina de subsistencia de Taropé, al caracterizar el rígido sistema de normas, transmitido por sus padres.

En algunos casos, las entrevistadas refieren la misma orientación en el proceso de socialización enfatizando la sumisión que se requería de ellas en su comportamiento con los mayores. Así, Nérida, campesina de subsistencia de Yataí —zona tradicional de viejo poblamiento— relata: «Teníamos que ser educadas... y respetar al semejante. Nunca debíamos contestar mal ni levantar la voz».

Por lo general, a la madre se la recuerda como a una mujer sumisa y sacrificada, aunque la relación con su cónyuge, generalmente, haya sido conflictiva; el trabajo intenso y los frecuentes embarazos seguidos, muchas veces forzados, son los rasgos centrales de la madre, cuya «vida» se recuerda. En este sentido se expresa Carmen, una campesina de subsistencia con residencia actual en Natalio 26, la zona moderna de agricultura farmer:

«Mamá tenía hijos muy seguidos pero lo mismo trabajaba en la chacra».

El cuadro pintado por Juana Francisca, de San Lorenzo, zona de grandes empresas agropecuarias, es más dramático, pero refleja lo vivido cotidianamente por muchas mujeres campesinas:

«Nosotros éramos once y mamá guerreaba lo máximo. Nuestros padres no se entendían; papá era celoso, discutían todos los días y mamá cada año tenía un hijo..., papá no quería salir ni a changar y mamá trabajaba por los dos. Papá siempre quería convivir con mamá y ella estaba enferma y para curarse debía guardarse, pero él no entendía eso».

(2) «Mamá era desbocada y mi papá era nervioso, entonces sus peleas nos asustaban a todos...», afirma la entrevistada.

El relacionamiento de la campesina con sus padres facilita la reproducción del rol que desempeña en relación al varón de la casa; las experiencias de la niñez sirven como un entrenamiento para el matrimonio. La relación con el padre es de sumisión y servicio: al padre se lo escucha (no se le habla), se hace lo que él dice (no se le contradice); una buena hija es la que siempre está dispuesta y a la orden.

«Cuando nuestro papá venía, (mamá) nos decía que teníamos que prepararle el baño, traerle el agua y atenderle», continúa contando Carmen, de Natalio 26, reforzando la idea.

En ningún caso esta asistencia brindada a los varones mayores —especialmente al padre— cansados luego del trabajo fue referida entre las ayudas brindadas a la madre. En ese contexto, el padre resulta la autoridad natural indiscutible en el hogar, cuyos mandatos deben ser obedecidos; en caso de inobservancia de las órdenes, las mismas suelen ser reforzadas con la violencia física. Ninguna entrevistada recuerda al padre como afectuoso.

El padre es también quien aprueba o prohíbe las visitas para las hijas y sus salidas en compañía de muchachas de su misma edad. La figura paterna es fuerte, aún cuando no está presente. Con cierta frecuencia, cuando las hijas son mayores prefieren salir del hogar antes que enfrentarlos, tal el caso narrado por Deolinda, la campesina de subsistencia de Mayor Otaño:

«Papá no nos tenía piedad. Mis hermanas, las más jóvenes, ya no le aguantaban... se va todo de balde (sin motivo), yo era la única que le aguanté».

En la zona de agricultura moderna el rigor de los padres en cuanto a prohibir que sus hijas adolescentes salgan se encuentra bastante atenuado, por lo menos para las adolescentes actuales que además de ir a bailes, van a cancha de fútbol, que también se convierte en espacio de relacionamiento.

La relación entre padres e hijas/os es similar a la que establecen patronos y obreros. Cuando no prohíbe es porque está dando indicaciones sobre el trabajo que las hijas deben realizar. De hecho, en los recuerdos de la infancia está más presente el trabajo (más que la escuela o el juego). El relato de esta campesina excedentaria refiere otros aspectos de su sujeción a mandatos autoritarios:

«Lo que ellos nos mandaban debíamos hacer aunque nos resultara difícil, igual debíamos hacer; aunque estuviésemos enfermos debíamos hacer... La verdad es que papá sólo nos hablaba para mandarnos algún trabajo. Nos castigaba a todas, nos pegaban hasta después de señoritas.

»Nuestros padres nos trataban como a empleadas: nos levantaban a las tres o las cuatro de la madrugada para ayudarles en todo, ellos decían "hagan esto" y nosotras hacíamos... traíamos bolsas grandes llenas de mandioca que solas alzábamos sobre nuestras espaldas. Estando sanas o enfermas igual teníamos que guerrear».

Aun cuando predominan en los relatos los recuerdos

marcados por castigos físicos recibidos de los padres, también y sobre todo entre las informantes más jóvenes, se recuerda a padres menos autoritarios, tal como ya lo señalamos. Sin embargo, en aquellos casos en que el padre conversaba con sus hijas/os lo hacía para contar historias que no tenían relación con la vida cotidiana.

«Mis padres no se peleaban... y a papá le hacíamos las cosas; recuerdo que le cebábamos mate. Sentadas a su lado, conversábamos con él, nos contaba cosas de las que pasaron hace tiempo», cuenta Elena, la joven madre de tres hijos de la zona de agricultura moderna.

La madre también conversa (y más frecuentemente) con sus hijas/os, pero el tema es diferente; ella organiza las tareas del ámbito doméstico, tal como lo destaca Honoria, campesina pobre de solemnidad, con cinco hijos, de la zona de viejo asentamiento en el cual siguen vigentes las pautas tradicionales:

«Mamá era la que decía qué hacer y cómo hacer las cosas dentro de la casa..., cómo comportarnos, qué cosas decir y qué no decir».

La estructura del hogar paterno también es recordada en los relatos. En ese sentido, con relativa frecuencia, se encuentra, en los testimonios de las entrevistadas, hogares donde faltaba el padre, o en los cuales el mismo no cumplía adecuadamente sus funciones. Un caso es el relatado por Alicia, una campesina muy pobre, con seis hijos, de la zona más tocada por el proceso de modernización:

«Mi papá era un borracho, le dejó a mamá cuando éramos todos chicos... mamá sola, con las manos en la cabeza y a base de muchos sacrificios nos crió a todos».

La madre de Sofía, también de la zona de agricultura moderna, no tuvo más alternativa que abandonar su hogar, según relata:

«En los últimos tiempos mamá no sabía qué hacer con él, hasta que un día papá le clavó a mamá con un cuchillo, entonces mamá me dijo que se iba a escapar, al principio yo no entendía qué me quería decir... Fuimos a vivir a la ciudad de Encarnación...».

Cuando la madre fallece, lo normal es que el padre establezca una nueva unión en la cual los hijos pueden estar incluidos o excluidos. Generalmente, cuando la segunda esposa o compañera ya tiene hijos previos a la unión, el hombre asume el apoyo material de los hijos de la nueva mujer, dejando a los propios al cuidado de sus hermanos mayores. Un caso ilustrativo es el de Bonifacia, campesina de subsistencia de 31 años y con cinco hijos de Natalio 26 (zona de agricultura moderna):

«Cuando yo tenía 8 años mi papá se casó con otra pero antes de eso mi hermana mayor se casó a los 18. Mi madrastra se hizo la desentendida de nosotros, no se hallaba más y se fueron a San Pedro del Paraná. Nosotros éramos cuatro criaturas que nos quedamos en la casa de mamá, y papá se fue con ella (madrastra) y sus dos hijos. Mi hermano, que tenía unos 16 años cuando eso, trabajaba por ahí, nos traía plata o cosas para comer...».

Otras de las características asociadas, con cierta frecuencia, al padre es la infidelidad hacia la madre, según relata Angélica, campesina excedentaria con seis hijos de Taropé (zona de viejo poblamiento):

«Recuerdo que mi papá tenía otra (s) mujer (es). Nosotros éramos cinco y cinco eran las hijas de mi padre (con otra/s mujer/es)... eran de nuestra misma edad».

La relación con los hijos, los lazos de filiación, pasan por la línea materna y no por la paterna, aunque esto de ninguna manera significa «matriarcado», sino simplemente que los hijos son responsabilidad de la mujer y no del varón. La violencia con que son tratadas las madres es uno de los signos que fundamentan la afirmación acerca de la inexistencia del matriarcado.

Cuando la madre es quien establece nuevas relaciones de pareja, el compañero «adopta» a sus hijos (dejando en algunos casos los propios, como se vio recién), tal el caso indicado por Ada, de la zona de agricultura moderna:

«Cuando yo tenía seis meses mi mamá se juntó con este hombre que no es mi padre verdadero, pero que yo le considero mi papá porque al otro no le conocí...».

Otra de las formas en que se interrumpe la relación filial es cuando, ante la imposibilidad de retener a todos los hijos en el hogar son «dados» para que los críen otros parientes o personas con mejor posición económica. La decisión de dar a las/os hijas/os es de la mujer que por lo general no pierde contacto con ellas/os. «Yo fui a vivir con mi tía, me trataba bien, como si fuera su hija, allí entré a la escuela desde el tercer grado y sólo venía a casa en las vacaciones», relata Ana de Natalio 26 (zona moderna). Una situación similar cuenta Pabla, campesina excedentaria con siete hijos a los 44 años de la misma zona:

«Mi mamá era la última hija y cuando se casó quedó a vivir con mis abuelos, cuando nos mudamos mi mamá esperaba su cuarto hijo; entonces mis abuelos pidieron por los mellizos, yo tenía 6 años y los mellizos, 4 años. Ellos se quedaron con mis abuelos (maternos)».

La situación de Eusebia, de Purity (zona de viejo poblamiento), quien recuerda que ella y sus hermanos estuvieron con sus padres sólo hasta los 9 años. En su recuento esta campesina indica:

«Nosotros éramos cuatro mujeres y un varón, pero éste falleció, ninguno de nosotros llegó a grande con nuestros padres. Nuestra mamá nos había dado a una señora... para entrar en la escuela. Nos dio porque éramos pobres y quería que fuésemos a la escuela; nos había dicho que nos daba por nuestro bien, y nos llevaba en las vacaciones a casa. Durante el año escolar a menudo se iba a vernos y nos llevaba gallina, poroto y cosas así, porque no nos había dado del todo».

1.1.2. Las actividades económicas desarrolladas

Como es característico en las unidades domésticas campesinas, todos los miembros de la familia, aún los de más

corta edad, trabajan. En la medida en que las condiciones económicas empeoran se desdibujan las líneas que establecen la división sexual del trabajo en lo que se refiere a las tareas productivas, aunque las tareas domésticas permanezcan reservadas exclusivamente a la mujer. Las peores condiciones generalmente están asociadas a la falta de padre y esto mismo hace que no exista la división del trabajo por sexos. Las circunstancias apuntadas son señaladas por Wilfrida y Verónica, campesinas de subsistencia de la zona de viejo poblamiento, con siete y ocho hijos, respectivamente:

«Yo trabajaba en la chacra cuando era joven, teníamos chacra grande y sólo eso era nuestro trabajo. Yo no aprendí a cocinar, todo eso aprendí después de casada porque al llegar a la escuela, ya pasábamos a la chacra, veníamos a comer nomás, después ya nos íbamos otra vez».

«... Antes de casarme trabajaba en la chacra con nuestro papá y nuestra mamá, pronto empezamos a trabajar, apenas nos sentimos (tuvimos uso de razón). Crecimos todos en la chacra, mamá era muy trabajadora...».

La misma división del trabajo es referida en el relato de Jacinta, campesina excedentaria de la misma zona y con seis hijos:

«Nuestra madre nos ocupaba; yo barría, cocinaba, iba a la chacra y trabajábamos haciendo carpida, de todo...».

Bernarda, campesina con once hijos que depende del salario de su marido, también de la zona con pautas tradicionales de comportamiento, pinta una situación similar:

«Trabajaba en la casa y ayudaba en la chacra a mi papá; no aprendí nada especial, sólo las cosas comunes del trabajo en la casa...».

Las tareas propias de la finca campesina se hacen en base a la fuerza de trabajo familiar disponible, y cuando falta el varón existe una cierta redistribución de las tareas, en la que la madre intensifica sus actividades en la producción y es reemplazada en la casa por otros parientes, tal como aconteció en la unidad doméstica de Julia, de San Lorenzo (zona de grandes empresas). En relación a este asunto esta campesina señala:

«... mi abuela desamparada vivía con nosotros... nos ayudaba y todos los que íbamos creciendo trabajábamos en la chacra».

A Pabla, la campesina de siete hijos de la zona más modernizada le tocó quedarse a cargo de las tareas domésticas, según relata: «Yo nunca fui a hacer trabajos en la chacra ni a vender por ahí pero era un ama de casa en miniatura».

Cuando la situación económica mejora se incorpora mucho más una división etérea del trabajo que de sexos, quedando liberados del trabajo en la chacra los niños en edad escolar. Esa circunstancia se nota en el testimonio de Elena, una joven campesina de la misma zona:

«Yo también trabajaba en la chacra; carpíamos, juntábamos algodón, maíz, de todo lo que se puede hacer en la chacra y cuando no nos íbamos a la chacra hacíamos de todo también en la casa.»

«Mi hermanita ya no trabajó en la chacra porque mis padres tenían más capacidad y le hicieron estudiar, pero nosotras tuvimos poco estudio».

Por el contrario, si la situación económica empeora, las mujeres asumen también la asalarización extrapredial (3), alejándose de la casa por motivos económicos, que pasan a ser los justificativos para una mayor permisividad, según relata Julia, la campesina asentada entre grandes empresas, recordando el tiempo en que vivían changando en la Argentina. Los relatos de Emilia y Alicia, campesinas asalariadas de Hohenau 3 (zona moderna de agricultura farmer), apuntan a lo mismo:

«Recuerdo cuando vivíamos por la Argentina changando.

«Mis amigos me decían: andá a trabajar para tener más libertad».

«Cuando yo era ya un poco más grande mamá me dijo: procurá emplearte, para ganar algo y poder comprar algunas cosas que quieras, porque yo no puedo. Entonces empecé a trabajar, me fui lejos a emplearme».

En aquellas fincas donde además de la producción primaria se elaboran derivados, las mujeres son incorporadas, con preferencia, a estas actividades. «Mi mamá también trabajaba en la chacra y en la casa, criaba gallinas, chanco, vacas, hacía queso, y vendía la miel de caña si no quería consumirla», cuenta Amelia, la cultivadora de San Lorenzo.

La situación de las «mujeres solas» o madres solteras varía sustancialmente cuando las/os hijas/os consiguen obtener ingresos suficientes como para mantenerla. En ese momento, ellas dejan de «trabajar». Esta suerte tuvo Julia, también de San Lorenzo, según recuerda:

«Cuando yo tenía 14 años, mis hermanas dijeron a mi madre que le comprarían una casa y así ocurrió; mamá y yo quedamos todavía (con papá) y mis tres hermanos se mudaron. Así trabajamos durante un año, y después mamá se escapó y vino también...».

1.1.3. Los castigos

Los castigos ya fueron analizados como parte sustancial de la vivencia cotidiana en la infancia. Lo que aquí se puede agregar es que se ha podido encontrar diferencias en el motivo por el cual castigan la madre y el padre. La mamá corrige desobediencias o pautas de comportamiento y normas de conducta que son generales. Así, el castigo físico pasa a ser un mecanismo que refuerza valores o, lo que es lo mismo, de supresión de antivalores. «Por lo que más nos pegaban era cuando nos peleábamos entre hermanos», cuenta Valeria, la mujer de Pirity.

Vivencias similares son las relatadas por Alicia, campesina pobre que depende del trabajo asalariado, y está asentada en la zona más modernizada de Itapúa:

«Mamá... nos pegaba cuando éramos cabezudas, si hacíamos mal algo, cuando nos íbamos a la casa ajena y tardábamos, o cuando nos ocupaba y no volvíamos enseguida. Lo que yo me acuerdo que hacía más es ser brujita con los otros y pelearme con ellos».

Las normas tradicionales que regulan la vida campesina establecen que las niñas no deben pelear, ni salir de la casa sin motivo válido como tampoco deben tardar cuando son ocupadas fuera de la casa; las reglas de conducta en cuestión también establecen que las niñas no deben «ser malas». Por otra parte, el castigo, independientemente de la forma que adopte y del ámbito al cual se aplique, es concebido como parte del papel natural de la madre. Esto lo percibe claramente Lucía, una campesina excedentaria que tiene once hijos a los 43 años, y vive en la zona de viejo poblamiento; acerca de la percepción del rol de madre esta mujer afirma:

«Las madres antes eran argeles (antipáticas) nomás luego...».

El comportamiento del padre en la aplicación de sanciones a los hijos responde a una racionalidad diferente; él castiga, por lo general, cuando no se cumple una orden, encomienda o mandato. El motivo es puntual, no se dirige a formar una manera de ser sino simplemente se aplica a los hijos/as por no haber realizado lo que el mandó (ordenó) hacer. «Cuando papá nos decía que hagamos algo debíamos hacer; al contrario, si queríamos ser caprichosas ya sabíamos que íbamos a cobrar (ser castigadas)», rememora Wilfrida, la campesina de siete hijos de Taropé, de la subregión de viejo poblamiento.

El castigo físico es considerado normal en la infancia pero no durante la adolescencia, según nos cuenta Isabel, de la misma zona de Wilfrida:

«Después de grandes ya no nos pegaban, sólo de chicos nomás...».

1.1.4. Las demostraciones de afecto

De los relatos resulta que el excesivo castigo físico, que suele ser relativamente frecuente, no es compensado con demostraciones de cariño. El «mimo» (demostración de cariño) es demostrado por la madre. No hay referencias frecuentes al padre en este tema. La forma en que la madre demuestra cariño es a través de comidas preferidas, permisos para descansar y el trato más suave, según rememora Eusebia, cultivadora de la zona de viejo poblamiento:

«Cuando estábamos con mamá siempre nos mimaba o nos malcriaba; si queríamos comer algo lo comíamos, si queríamos acostarnos nos acostábamos, mamá nunca nos decía nada, ni nos pegaba...».

(3) Usando estrictamente los términos deberíamos usar el concepto de subsalarización, porque en este caso nos estamos refiriendo a trabajos a destajo o pagados por día (changa).

La comida, el descanso y el trato son fuentes de un tipo de gratificación que no pasan por el contacto físico. El contacto físico, el tocarse el cuerpo, está más asociado a la violencia que al amor. Estos deben ser considerados como antecedentes que obstaculizan el desarrollo de la eroticidad adulta.

Las entrevistadas justifican la ausencia de experiencias de cariño, asignando a los malos tratos características naturales: «Así nomás tenía que ser», asegura María, una madre de buena posición económica que a los 39 años ya tiene nueve hijos, y está asentada en la zona de las grandes empresas agropecuarias.

Además, existe cierto rechazo encubierto hacia el mimo, que tiene una connotación casi negativa, en la percepción de las entrevistadas, quienes al referirse a padres cariñosos, indican que éstos las «malcriaban».

1.1.5. La relación de autoridad

Los padres se relacionan con sus hijas/os en pocos planos. Como ya se ha visto, lo que prevalece es la relación de autoridad con el padre y la madre. Esta última agrega cierto nivel de «comprensión» (que se traduce en apoyo) a la relación.

Con frecuencia, aquellas/os niñas/os que fueron criadas/os por otros parientes tienen más apoyo y menos autoritarismo en sus relaciones familiares, tal como señala Ana, de la zona de moderna agricultura farmer, quien fue criada por su tía, que no usó el castigo físico en la crianza de la sobrina.

1.1.6. La educación recibida

En las referencias a la educación hay una clara separación entre la escolarización y la transmisión de valores. La escasa oportunidad de asistir a la escuela hace que la educación se circunscriba casi con exclusividad al plano de lo cultural/formativo.

El trabajo es el principal trabajo de deserción escolar a edades muy tempranas. La decisión de sacar a las niñas de la escuela es tomada a veces por la madre, cuando se ve apremiada por las necesidades insatisfechas; un caso que no resulta insólito es el de Alicia, de un hogar muy pobre de la zona de moderna agricultura farmer. En su testimonio esta informante señala:

«Somos ignorantes porque no fuimos a la escuela, porque éramos pobres, y cuando ya podíamos hacer algo, mamá nos llevaba con ella a trabajar. Yo no escribo ni leo; por las calles alzaba diario y deletreaba, tampoco pude ir a la academia (de oficio) por eso».

Nelly, la campesina de subsistencia de la zona de viejo poblamiento, introduce variantes en su recuento: «Me fui hasta el 2.º grado y ahí salí de la escuela, porque cuando papá se enfermó estaba jodida (complicada) la situación de la familia; desde entonces no entramos más a la escuela y trabajamos en la chacra».

Cuando son pocos los hermanos y la unidad doméstica está en mejor posición económica, aumentan las oportunidades de estudiar, pero siempre combinando la escuela con el trabajo. Un caso que ilustra esta situación es el de Ada, de la zona más modernizada, quien afirmó:

«Yo soy la única hija, ni hermano muerto tengo; a los 13 años nos mudamos a San Juan para que yo entre a la secundaria y en las vacaciones nos íbamos a trabajar en la chacra. Mamá sólo por la tarde quería que fuera a la chacra, porque por la mañana quedaba en el rancho».

Otro de los motivos para retirar a las niñas de la escuela es evitar que a las mujeres «les pase algo por el camino». En ese sentido, debe tenerse en cuenta que la distancia es un obstáculo para seguir estudiando que afecta a las mujeres pero no a los varones.

«Mis padres no me mandaron a la escuela porque de San Pedro nos mudamos a Jukyravi y allí la escuela quedaba muy lejos, entonces se iban los varones nomás», indica Raquel, cultivadora de subsistencia de la zona con predominio farmer.

En materia de educación como proceso efectivo de socialización la escuela no llena todo el espacio. En la vida campesina los padres —básicamente la madre— buscan regular las pautas de comportamiento transmitiendo valores y normas, fundamentalmente las relativas a la religiosidad, el respeto y la honradez. Esta función, como se indicó, descansa en la madre, tal como lo señala Eusebia:

«Ella (la madre) nos enseñaba a rezar, que debíamos hacernos respetar, que no tocáramos nada de lo ajeno...».

En la formación para la vida, se enfatiza antes que la realización personal el desarrollo de habilidades para el trabajo y para generar ingresos. Para los más pobres esta formación se adquiere en el plano doméstico, sin pasar por la educación formal, tal como lo refiere Amelia, asentada en San Lorenzo:

«... yo no fracasé después de salir de ellos, de todo sé hacer. Había sido que los pobres deben mandar hacer de todo a sus hijos para que aprendan, para no perder oportunidades de ganar algo... Entré a la escuela hasta el tercer grado».

En la educación, tanto la formal como la no formal, aparecen reiteradas referencias directas e indirectas hacia el comportamiento sexual, pero nunca hacia el concepto global de reproducción o la fecundidad, el conocimiento del cuerpo y muchos menos sobre la fisiología del embarazo o el parto.

Las niñas y adolescentes no tienen ninguna información sobre la sexualidad, sólo amenazas que van construyendo una actitud ambivalente de tentación por lo prohibido y

miedo a las consecuencias (castigo físico y/o embarazo). Las «menores» no podían escuchar (ni participar de) temas de mayores. La separación de los niños y los mayores, en general, la marca el padre que, además, es quien recibe las visitas. El resultado de ese tipo de educación está bien caracterizado por Amelia:

«El fracaso que tuvimos es que no sabíamos qué decir a los muchachos cuando se nos declaraban y cuando no sabemos qué decir, nos consiguen más pronto...».

Silveria, una campesina pauperizada con catorce hijos, asentada en la zona de viejo asentamiento y pautas tradicionales de comportamiento bien arraigadas, (Taropé), refuerza la caracterización de la educación no formal en esa configuración cultural:

«Cuando llegaba alguien papá con una seña nos mandaba de allí, o escuchábamos conversación ajena... No nos juntábamos con nadie, éramos bobas a los 14 años; (eso) es bueno pero no es bueno al mismo tiempo (a la vez)».

«Nuestra finada madre no nos enseñó gran cosa de cómo debíamos comportarnos cuando lleguemos a señoritas, y cuando llegamos a esa edad tampoco nos enseñó algo», señala Verónica, campesina con 8 hijos, de la misma zona de Silveria, aludiendo al ejercicio de la sexualidad.

La educación con respecto al matrimonio se orienta claramente a la sumisión de la mujer al hombre y al comportamiento monogámico. Lo indicado se expresa en el relato de Elena, cultivadora de subsistencia de la zona con predominio de la agricultura farmer:

«Mis padres me encargaron que no pelee con mi marido... yo no creo que calcularía tener otro hombre porque mi madre nos había enseñado que eso era muy feo hacer».

Las madres que tuvieron hijos siendo solteras se sienten culpables por no haber podido darle un padre e inculcan a sus hijas que no repitan su conducta. La madre soltera es descalificada socialmente y en esa medida se desvaloriza la imagen que proyecta una madre soltera; un caso que ilustra la circunstancia mencionada es el narrado por Ada, del contexto socio-económico más modernizado:

«Mi mamá me decía cómo debía manejarme, cómo debía defenderme; me repetía que no debía escaparme, no tener hijos de balde. Mi mamá me decía que ella había tenido hijo así y este mi padrastro no es mi papá, y que él sólo que me reconoció, y eso me hizo ver mi mamá; que ella salió así y quería que yo limpiara su mal camino, porque ella no había crecido con su mamá porque se escapó de ella».

En esa configuración cultural la dignidad de la mujer está en el control de su sexualidad. Quien no llega virgen al matrimonio se arriesga a que se la maltrate física y socialmente. La manera de evitar los embarazos es manteniéndose lejos del contacto con los hombres; la mujer que cede ante propuestas sexuales (o ante sus propias necesidades) no merece ningún respeto. «Yo me comportaba como ellos que-

rían, mamá nos decía que no debíamos entregarnos a un hombre, que ellos nos jugaría todo», cuenta Gilda, una entrevistada de 23 años, que vive actualmente en la Calle A Norte.

Herminia, entrevistada de la zona de viejo poblamiento, que depende del salario y tiene siete hijos a los 32 años, amplía e introduce matices en el asunto:

«Nos hablaban cómo comportarnos. No debíamos darles gusto a los varones porque si eran para nuestro marido igual se casarían con nosotras. Los hombres igual se casan con una aunque no la hayan alcanzado, y si por ahí nos dejamos alcanzar es a la suerte el casamiento; nuestros padres nos decían que debíamos cuidar nuestra persona para que no nos garroteen nuestros maridos...».

Una buena síntesis de lo que significa la educación en la vida campesina y cuáles son sus contenidos se desprende de la entrevista a Julia, asentada en la zona definida por el predominio de las grandes empresas transnacionales:

«Nosotras tenemos la experiencia de nuestros padres como un fracaso; por eso ahora trabajamos para que algún día, por lo menos nuestros hijos no se vean en el lugar en que nosotras nos encontramos, y tengan un lugar donde poder mantenerse.

»Mamá nos enseñaba cosas buenas: cómo debíamos ser, cómo debíamos comportarnos entre nuestras amigas, cómo comportarnos como mujer. Ella me llevaba a Asunción, a Encarnación, donde se iba, para que cuando yo me viera necesitada como ella, poder tener recurso y no sufrir por no saber nada; me enseñaba cómo debía comportarme entre señoras, en trabajos ajenos como empleada doméstica.

»Yo me fui no porque vivía mal con mi madre sino porque ella me hacía responsable por mí misma... yo sabía en qué resultados me puede meter un hombre, o sea embarazo y criatura, y de esto yo tenía luego miedo».

1.2. La adolescencia

1.2.1. El confinamiento en el ámbito doméstico

En la visión tradicional, predominante, la joven campesina no puede salir de casa sola o con amigas y menos con amigos, primero por las apariencias que debe guardar para ser buena señorita y, además, para no dar ocasión a salir mal o alimentar las malas lenguas; a medida que se vuelva mayor (15-16 años) las restricciones son mayores.

En la mayoría de los casos las jóvenes no reciben amigos, y cuando si los reciben se trata de hogares en los cuales las jóvenes ya hablan sobre esos derechos; esto último suele darse cuando en la casa hay dos señoritas o primas cercanas y se ayudan para lograr mayor espacio para ellas, y logran juntas algunas reivindicaciones.

Las jóvenes salen de sus casas alrededor de los 17 años aunque también se dan casos de jóvenes de 15 años que ya salen, así como otras dejan sus hogares más tarde. La mayoría sale para casarse o acompañarse, algunas para trabajar.

Lo señalado ciertamente predomina en el mundo rural que mantiene sus pautas tradicionales de comportamiento; la situación, sin embargo, va cambiando para las campesinas que ahora están en su adolescencia y que están asentadas en zonas más afectadas por el proceso de modernización, y básicamente por la industria cultural. En esas circunstancias los controles se van debilitando.

1.2.2. El primer baile y el noviazgo

La adolescencia de la joven campesina no está marcada por la menarca sino por el primer baile. Esta aparición en público relacionamiento con el sexo opuesto da inicio a ser «señorita», estado que se mantiene hasta la primera relación sexual. «Yo no me escapé de casa, sino que me casé a los 22 años, fui señorita durante siete años porque a los 16 comencé a bailar», cuenta con orgullo Angela, una campesina de subsistencia con seis hijos y residencia actual en Taropé, en la zona de viejo poblamiento.

El baile suele ser la oportunidad de salir, de establecer relaciones con los varones de la misma edad, pero se realiza bajo un estricto control. Esa pauta de sociabilidad es relatada por Angélica, vecina de Angela, y también con seis hijos:

«Cuando era señorita, mi mamá, detrás de ella no más quería que anduviese, no me descuidaba un minuto, no dejaba que me fuera a ningún sitio. Me llevaba al baile pero de vez en cuando, a los 16 años empecé a ir al baile».

Valeria, de Pirity, también de la zona en que las pautas tradicionales mantienen fuerte vigencia describe los mecanismos de control social: «Antes uno salía con su hermanita o con la mamá, pero sola nunca; por aquí estaba prohibido que una joven salga sola... Si una mujer se equivoca ya queda de balde (librada a su suerte)».

El flirteo comienza cuando se es señorita, generalmente durante las fiestas y los bailes pero ese relacionamiento no es abierto; las entrevistadas refieren que lo hacían a escondidas.

Aun en la subregión de viejo poblamiento se dan flirteos precoces, incluso utilizando las canchas de fútbol como lugar de encuentros, tal como es narrado por Wilfrida, de Taropé:

«Seguramente que a los 15 años o menos empecé a festejar con el que iba a ser mi marido, pero a escondidas. Nosotras teníamos almacén y su casa quedaba cerca, entonces él venía y se quedaba enfrente y yo al pasar entre cliente y cliente hablaba con él, dos o tres

palabras, sin que nadie entienda... Hablaba con él cuando nos íbamos a la fiesta mientras bailaba, o si íbamos a la cancha, si había ocasión también hablábamos».

En este punto se aprecian las primeras diferencias en cuanto a los contextos de residencia actual, que no eran visibles en los relatos acerca de la infancia. En efecto, las mujeres que actualmente residen en la zona de la agricultura moderna han salido de la casa de sus padres (algunas para trabajar, otras para estudiar) y sufrieron menos control en sus relaciones y gozaban de más libertad para salir y relacionarse con los muchachos. En estos casos se recurre menos a las relaciones a escondidas, según indican dos informantes:

«Empecé a andar con él cuando salí de casa y empecé a trabajar, andando con mis amigas, nos íbamos a la fiesta, a la heladería y andando así nomás... La primera vez no dio gusto, pero nos entendíamos mucho y luego regresé (a la casa paterna) y no le quise más».

«Cuando tenía 15 años comencé a festejar con un encarnaceno. En aquel momento yo vivía con mi tía. Tuve una hija de ese muchacho, me dejó de balde y volví con mi mamá y luego hubo otro hombre que quería conmigo algo...».

El noviazgo, que comienza entre los 15 y los 17 años, es más serio e implica permiso de los padres para que el novio visite a la muchacha y frecuentemente resulta en la promesa de casamiento. Los recuentos de las entrevistadas son ilustrativos:

«... no festejaba (noviazgo) aunque tenía mi chico (flirteo) pero no le hacía llegar, de lejos nomás. le hice llegar cuando ya me iba a casar».

«... en ese tiempo era diferente ser señorita, eso de sentarse al lado del novio a conversar no existía, si te casabas o si no, no... y así pidió por mí el que iba a ser mi marido».

La madre y el padre controlan las visitas de los varones, quienes en la práctica casi no se relacionan abiertamente con las jóvenes fuera de la vigilancia materna. También pueden negar el permiso, ante lo cual la joven no puede argumentar nada; sus alternativas son verse a escondidas o escaparse con el novio y volver con una relación de hecho.

Una vez pedida la hija pasa a ser propiedad y responsabilidad del futuro marido; el padre entrega a la hija, que antes no se entregó (por sí misma) a nadie. Linda, una cultivadora excedentaria con doce hijos de Otaño (zona de grandes transnacionales agrícolas) relata el rol pasivo que jugaba en el relacionamiento con los jóvenes:

«Los muchachos llegaban por nosotras pero no hablábamos con ellos. Mamá les ofrecía asiento mientras nosotras hacíamos nuestro trabajo. Si cebábamos mate, desde la cocina, le llevábamos donde ella estuviese. Nosotras siempre en la cocina... yo salí de ella (de la casa) a los 21 años, de cansada que estaba por el trato que nos daba».

Angela, una campesina de subsistencia de Taropé (zona de agricultura tradicional de viejo poblamiento) recuerda el

papel central que jugaba su madre en la elección de su pareja. Esa influencia era tal que si llegaba algún pretendiente que no fuera aceptado por aquella, simplemente les decía que se dejaran, y al decir de Angela, «aunque yo le quería tenía que mandarle porque yo le escuchaba mucho a mamá».

A veces las madres prefieren que sus hijas se relacionen con hombres mayores; un caso de éstos es el narrado por Elena, de Natalio 26, refiriéndose a su propia experiencia:

«Pedí permiso para recibir visita y no me hicieron ningún problema, porque la única condición que ponían era que no se festeje con jovencitos sino con hombres mayores. Mamá decía que no le gustaban los jovencitos, porque si nos ocurría algo ellos no iban a responder».

La presión que se ejerce sobre la virginidad junto con la falta de oportunidades para desarrollar una eroticidad completa y sana son las causas principales de nupcialidad temprana y de los embarazos prematuros y de una inadecuada elección de pareja.

Pabla Martínez, campesina excedentaria de 45 años y siete hijos, a pesar de residir actualmente en la zona más afectada por el proceso de modernización sufrió esa experiencia:

«Yo tenía amigos; mamá dejaba que vengan a visitarme, yo hablaba con ellos, pero nunca me dejaron salir con ellos. Creo que fue eso lo que me faltó para ayudarme a llegar soltera a más edad. Salí de casa cuando me casé, a los 17 años».

Valeria, de la zona más tradicional, se casó a los 18 años luego de un noviazgo clandestino de siete meses, y cuenta que su novio no llegaba a su casa porque su papá era muy antipático.

El excesivo control no evita las relaciones prematrimoniales que en general desencadenan fuertes sentimientos de culpa y de desvalorización de su propia sexualidad, en la zona más modernizada. El debilitamiento de los controles sin componentes educativos tampoco mejora la situación, ya que son frecuentes los embarazos de adolescentes.

Pabla, la campesina excedentaria de 45 años con residencia actual en la calle A Norte, cuenta sus vicisitudes y el costo psicológico de la violación de normas sociales con fuerte arraigo:

«Eso es algo que llevo como un mal, un remordimiento, algo que me hace sufrir, que me oprime el pecho, por ese desliz con mi primer novio. Resulta que ella (mi madre) era muy celosa y no dejaba que ni a la iglesia me fuera sola, con ella nomás leíamos la Biblia. Creo que en eso no me ayudó mi mamá. Tuve tres novios, el primero me embromó (la sedujo), y ahora hay momentos en que siento remordimiento. Eso que me pasó tengo como una máscara, es como una carga que me enferma, eso nadie sabe».

En algunos casos el paso de niña a mujer es demasiado abrupto, quemando rápidamente la etapa de la adolescencia. Así, Luisa, de Yataí, que ya tiene once hijos, se casó a los 15 años con su primer novio antes que comenzara a bailar.

El cambio de pareja por parte de la mujer está igualmente desvalorizado, y la mujer que incurre en esa falta (considerada como «cabezuda») es descalificada socialmente y sufre una disminución de su autoestima, según nos relata Gladys, campesina de 45 años de la zona con predominio de la agricultura farmer:

«Después de destejar un tiempo si, otro tiempo, no andaba con nadie, seguramente yo era un poco cabezuda por eso no me gustaba uno por mucho tiempo».

La edad para contraer matrimonio está alrededor de los 17 años en la zona de viejo poblamiento, y antes en la zona de la agricultura moderna, mientras el tiempo de noviazgo es variable entre unos pocos meses (seis) hasta cinco años. Las relaciones prematrimoniales se dan a partir de los 15 años, es decir cuando comienza el flirteo.

Las mujeres que actualmente residen en contextos de viejo poblamiento son las que contraen matrimonio más tardíamente y tienen menos relaciones prematrimoniales. Ese comportamiento está referido en el relato de Julia, con residencia actual en San Lorenzo:

«Desde los 13 años trabajé en la chacra, fui soltera hasta los 23 años. Comencé a bailar a los 15 y a los 16 ya recibí visita. Yo conocí muchos jóvenes, no era boba, muchas cosas sabía... no es que vagaba por allí, yo trabajaba».

Durante el noviazgo las jóvenes son exigidas por los varones para tener relaciones sexuales; ante esta demanda ellas acceden o no, pero en ningún caso fueron las mujeres quienes buscaron la primera relación. El miedo al castigo, a la reprobación social y los sentimientos de culpa priman en la decisión de la joven, que espera llegar virgen al matrimonio. Una alternativa abierta es «no dar ocasión», según nos relata Angela, la campesina de Taropé:

«Festejé con ocho muchachos, con ninguno por mucho tiempo. Porque cuando comienzan a exigir y a apretarme (presionar) yo les mando, porque muchas veces cuando hay ocasión el hombre dice lo que no debe decir y así yo ya le largo, cuando pide lo que no tiene que pedir».

Una experiencia similar cuenta Gilda, una madre de tres hijos con 22 años: «Todos con quienes festejé me pedían que duerma con ellos, pero con ninguno me fui. Este que ahora es mi marido, me estiraba para eso, pero no hice nada con él cuando me dijo, porque yo tenía miedo de mi mamá».

En algunos casos, ante la negativa de la joven el hombre recurre a la amenaza y a la violencia para minar la resistencia. Amelia, asentada en medio de grandes empresas transnacionales, constituye un caso de una campesina que no pudo resistir el asedio y las presiones:

«Comencé a festejar a los 15 años y a los 16 ya estaba embarazada con mi primer chico, porque él me engañaba todo al ver que yo era tonta. Yo le tenía miedo porque él me decía que si no le daba gusto él me iba a matar y yo pensaba en mi padre, en la tristeza que le iba

a pasar (causar) si me sucedía eso. Cuando me di cuenta ya fue tarde».

La negativa o el rechazo al pretendiente es difícilmente aceptado por las personas mayores con quien vive y de quien depende la joven. Ellos deciden en base a criterios de conveniencia. Si el motivo del rechazo es la infidelidad del muchacho, eso no es suficiente, más bien hace parte de los «atributos» masculinos. La presión social para formar pareja y la relativa protección que supone tener un compañero influyeron en la experiencia de Gladys, la campesina de 45 años, quien cuenta su caso:

«Tenía novio a quien mi tía le quería, yo le hacía retirar pero igual volvía, tenía otra y yo quería ser sola... y así me consiguió pero a la fuerza, me iba a violar o a raptar, por eso me comprometí».

1.2.3. La definición del proyecto reproductivo

Como consecuencia lógica (aunque no deseable) de la infancia y de la adolescencia, la mujer joven campesina tiene un mundo vital restringido. Restringido, sin lugar a dudas, por su condición de campesina pobre pero también por ser *mujer* campesina pobre. El componente de género se hace evidente en la prevalencia del matrimonio y los hijos entre sus aspiraciones.

La realización se circunscribe, con muy pocas excepciones, a los roles de esposa y madre. Ambos requieren del varón para concretarse. De los relatos consultados se infiere que las etapas anteriores son preparatorias para la vida que comienza al conseguir marido y en dichos preparativos las madres invierten sus esfuerzos «para que me salga bien mi hija»; así como las jóvenes limitan su albedrío con sus renunciamentos: »me guardé para el que iba a ser mi marido».

La ofrenda no alcanza a la persona en plenitud, ni siquiera son importantes sus habilidades porque «eso sale nomás luego», lo que se guarda es el cuerpo y de éste específicamente la sexualidad que es inaugurada en la desfloración después del matrimonio.

Esta expectativa (valor) asumida culturalmente tiene sus variantes, que cuando se alejan mucho de lo «normal» desvalorizan a las jóvenes que tienen que aceptar peores condiciones de contrato. El hombre, con natural aceptación social, puede probar, está en la mujer saber cuidarse o asumir las consecuencias.

Cuando muy jóvenes, el ideal es casarse, pero no tan pronto y en estado de virginidad para ser reconocidas como señoras. El testimonio de Valeria, campesina de Purity (zona de viejo poblamiento), resulta ilustrativo:

«Yo siempre quise casarme, yo quería casarme a los 22 años. Nunca pensé en escaparme porque no quería quedarme de balde, porque veía a muchas jóvenes quedarse por la calle porque los hombres hacen escapar a las muchachas y después las dejan por ahí».

Bernarda, también de Purity, donde las normas tradicionales tienen mayor vigencia relativa, cuenta sus vivencias, similares a las de Valeria:

«Cuando yo tenía 15 años no quería casarme muy joven; festejé con cuatro muchachos, pero no me acosté con ninguno porque eso es feo, no conviene hacer porque no les gusta a los hombres (casarse con una que perdió la virginidad)».

El determinismo cultural es tan fuerte que las niñas desean casarse sin aún poder definir lo que significa el matrimonio o la maternidad. «Yo no sé qué había pensado de joven por el hombre, pero quería casarme desde niña», cuenta Lucía, la campesina con once hijos de la subregión más tradicional, quien formó pareja legalmente antes de «saber lo que quería decir casarse».

En la decisión de contraer nupcias influye el miedo a las consecuencias de tener relaciones antes del matrimonio, que es concebido como el destino natural de la mujer. Nelly, la entrevistada de Yataí, da su versión:

«Pensaba que tenía que casarme, aunque tenía miedo de los hombres, pero al final me casé. De lo que tenía miedo era deirme de balde con el hombre, porque vi que a las que se escapaban, se iba la policía a traerlas de vuelta y de eso tenía miedo, pero siempre pensé en casarme».

Si en algún caso la joven no quiere el matrimonio, su entorno (principalmente la madre) la impulsa a tomar la «decisión», señalándole que se ha cumplido una etapa de su vida y debe pasar a otra aunque no sea placentera. Debe ser así porque así es el destino de la mujer.

El hecho de «casar» a las hijas es una etapa que también debe ser cumplida por las madres; en ese sentido, Silveria, la de catorce hijos asentada en Taropé, recuerda que su madre les decía que debían casarse si se animaban. La madre de Herminia, de la misma zona, acertaba más el campo de opciones, según el relato de la entrevistada:

«Yo decía antes que no iba a casarme, pero mi mamá me decía que yo debería casarme, porque ya tenía edad y ya iba a poder aguantar el sacrificio de la convivencia con un hombre».

En algunos casos excepcionales, las jóvenes han contado a sus pretendientes que habían tenido relaciones previas, pero esto fue comprendido y de todos modos se realizó la unión. Un caso es el de Pabla, la campesina excedentaria con siete hijos, asentada en la zona más modernizada; en su recuento, ella señala:

«A mi marido no le molestó el que yo me haya escapado con otro. Yo al principio le pregunté si no le iba a molestar eso y él dijo que no. Me visitó siete meses, y seguramente porque le gustaba, ya que por aquí la mujer que se escapa o que tuvo hijo ya es difícil que se case, hay muchas en esa situación».

Vivir bien, trabajar menos y gozar son las recompensas por llegar virgen al matrimonio, según nos cuenta Mirna, asentada en Yatyty, distrito con predominio de la agricultura farmer:

«Yo pensaba de señorita que si me casaba ya iba a vivir bien, que no iba a trabajar más en la chacra. Por eso me quería casar, pensaba que con el marido una gozaba. Pensaba que iba a vivir alegre y que me iba a ayudar mi marido».

Las mujeres que actualmente residen en la subregión articulada en la agricultura moderna son las que nuevamente introducen variaciones al comportamiento general. Ellas, que habían salido un poco más de sus casas para trabajar o estudiar, refieren expectativas que van desde el tradicional amparo brindado por el hombre hasta la necesidad de tener experiencia para valerse por sí mismas.

Así, en el grupo referido se han encontrado jóvenes que se casaron por miedo a «desgraciarse siendo solteras», al quedarse embarazadas de solteras, y no alcanzar las ventajas del matrimonio, o por obtener amparo y tierra para criar a los hijos, aunque no siempre las expectativas se cumplieran.

Lucía, la mujer de once hijos de Yataí, es una de esas tantas mujeres; esta informante señala sobre el comportamiento en cuestión:

«Quería tener mi casa y mi familia. No sabía bien por qué quería casarme... Cuando tenía por los 15 años tenía miedo que me hagan alguna cosa, porque mamá nos hacía temer a los hombres».

En otros casos se enfatiza la búsqueda del amparo que representa el varón, tal como nos cuenta Sofía, campesina ya desarraigada que depende del trabajo asalariado: «Cuando era joven lo que quería era encontrar un amparo y un pedazo de tierra para criar a mis hijos», aunque reconoce que no tuvo suerte y las cosas no salieron como ella hubiera querido. También Elena, la campesina de 23 años de Natalio 26, revive sus sueños: «Siempre pensaba casarme con un hombre bueno, eso era lo que quería. No quería por nada casarme con un hombre antipático».

Las garantías que ofrece el hombre son de tipo económico, pero también se insinúa el plano afectivo, y algunas entrevistadas abiertamente aluden a la protección social, que evita los abusos de los vecinos. Valeria, informante de Pirity, enfatiza tanto el apoyo material como el afectivo:

«Las jóvenes que tienen hijos de balde si tienen suerte se casarán, o vuelven a tener hijos de otro. Mi sueño es vivir bien, no quiero que me falte nada dentro de mi casa, y que mis hijos sean sanos. La mujer quiere casarse para tener un recostadero para cuando tenga problemas, tener con quién solucionar, quiere alguien que le dé aliento».

El acompañarse sin matrimonio es, entre las posiciones más tradicionales, una última alternativa para obtener el amparo del hombre, sobre todo cuando ya hay hijos. Esta orientación se refleja en el testimonio de Bernabela, informante muy pobre y con diez hijos, de la zona de viejo poblamiento:

«Cuando era joven yo quería encontrar alguien con quien ampararme. Alguien con quien casarme, para no andar de balde por la calle; tampoco quise tener dema-

siados hijos de soltera. Nunca pensé acompañarme, pero después no sé qué me pasó y me acompañé».

La variante que introducen las mujeres del contexto marcado por la agricultura moderna es que algunas preferían estudiar y estabilizarse económicamente antes de casarse, aunque las condiciones de la familia de origen no se lo permitieron; otras refieren que es mejor tener más experiencia antes del matrimonio. Las propias madres fueron quienes bloquearon estas expectativas, tal como aconteció con Pabla, quien cuenta la frustración que sufrió:

«Yo tenía deseos de estudiar, pero tenía mis hermanitos y ellos también tenían que estudiar y como éramos pobres mamá me decía que yo ya sabía leer y que con eso ya me podía defender. Mi sueño, si estudiaba, era ser maestra, y lo que más soñaba era con una casa grande con todas las comodidades».

Alicia, cultivadora que depende del trabajo asalariado intermitente entre empresarios agrícolas tipo farmer de Hohenau alude, en la entrevista, a su percepción inicial del matrimonio:

«Yo pensaba en la familia, los hijos, pero así nomás. Pensaba que no quería casarme tan joven, pero después me di cuenta que uno no debe casarse nomás».

En este grupo de mujeres se ha llegado a encontrar relatos en los que jóvenes madres solteras, que ya están manteniendo a su hijo, pueden prescindir del varón o, en el caso que lo tengan, no permitirán el maltrato. El haberse valido por sí mismas les confiere una cierta autonomía (el temor a no afrontar las situaciones es anterior a la situación misma). Bonifacia, campesina de subsistencia que a los 31 años tiene cinco hijos y está asentada en Natalio 26 (subregión de agricultura moderna farmer), narra las vicisitudes con su primer hijo:

«Yo vivía aquí en el pedacito de tierra que mi cuñado me cedió. Aquí cultivaba lo que me convenía, lo que yo decidía cultivar no era para comer sino para vender y comprar cosas que necesitábamos mi hijo y yo... y como anduve tanto con mi hijo enfermo, abandonada, decía que nunca iba tener varón con quien vivir, es decir, andar con un hombre».

Para Gladys, la madre soltera que crió prácticamente sola a sus cinco hijos, y que reside actualmente en Pirapey, la compañía del hombre no es indispensable, como no lo fue en el pasado. Sobre el punto, la entrevistada expresa:

«No necesito de un hombre, no me estira tanto lo sexual, y cuando me juega ya reniego de él, no le quiero. Así espero un buen tiempo hasta que mi hijo crezca y ya vuelvo a querer alguien que se sea trabajador. Nunca quise casarme porque si falla yo voy a echarle de la casa, porque no quiero que me juegue el macho».

Entre quienes residen en la subregión de las grandes empresas, sobre todo entre la gente de más edad, vuelven a aparecer posturas más tradicionales que hacen referencia a la virginidad y al matrimonio, tal el caso de Linda, la campesina excedentaria con 12 hijos, con residencia actual en Otaño, quien en su recuento señala:

«Yo decía que me gustaría que un hombre pidiera por mí en matrimonio, esa idea tenía... Yo haría pedir por mí y una vez juntos después de que pase el tiempo si nos entendíamos podíamos casarnos... Pero no quería escaparme».

La observancia de los valores tradicionales es mayor en la zona de viejo poblamiento, tal como se refleja en el relato de Angela, la entrevistada de Taropé:

«Siempre quise casarme. Decía que no me escaparía con nadie, que iba a hacer pedir por mí y salir casada de mi casa».

En esta orientación más tradicional está también presente la aceptación del sacrificio y de renunciamentos, como un componente de la relación conyugal. Esta suerte de estoicismo se nota en las expresiones de Eusebia, campesina de Pirity:

«Sabía que si encontraba un hombre que yo amaba bien, teníamos que aguantarnos hasta morir y que tengamos lo poco que tengamos juntos íbamos a sufrir...»

1.2.4. Las actividades económicas antes del matrimonio

El trabajo bajo la forma de ayuda familiar sin remuneración, se inicia en todas las unidades domésticas a edad muy temprana. En una primera etapa, las niñas (7 años) comienzan ayudando en tareas domésticas para luego (12 años) acompañar al padre (y/o la madre) en trabajos agrícolas o industrias caseras.

Las rutinas de Amelia, la entrevistada de San Lorenzo, muestra lo que corresponde a las mujeres en la división de las tareas; sobre el asunto esta campesina señala:

«En la casa lavaba las ropas, planchaba, cocía en la máquina, barría. Todo lo que había que hacer dentro de la casa yo lo hacía; desde los 7 años trabajaba en las cosas de dentro de la casa y a partir de los 12 años empecé a irme a trabajar a la chacra».

En la vida campesina realmente no existe una división sexual del trabajo clara entre varones y mujeres jóvenes. Lo que sucede en la realidad es que de los trabajos en la casa no participan ni los muchachos, ni el padre; las chicas realizan tareas domésticas y agrícolas y, en algunos casos, las madres van a la chacra después de atender la casa, cuando no dejan las tareas domésticas a cargo de alguna hija, como acontecía en el hogar de Raquel, una entrevistada asentada en la Calle A Norte.

Las tareas domésticas se combinan en diferentes momentos del día con las de la chacra y ambas alternan a su vez con las changas (tareas agrícolas realizadas para otras unidades domésticas a cambio de salario). La edad en que se da esta diversificación de la «ocupación» de la mujer joven campesina es muy temprana en los hogares más carenciados; así, Gladys (Pirapey) indica que comenzó a trabajar desde los 14 años, tanto cosechando maíz a cambio de un salario como vendiendo comestibles. Estos ingresos, así

como los generados por otras campesinas, eran destinados básicamente a la compra de vestimenta.

Las jóvenes que no changaban realizaban actividades en su casa para generar ingresos. «Yo cuando vivía con mis padres de todo hacía, trabajaba en la chacra, y cocía en la máquina, hacía alguna que otra ropa ajena», indica Alicia, campesina ya desarraigada de Hohenau, describiendo lo suyo en el desarrollo de la estrategia de sobrevivencia de su familia.

Otra de las ocupaciones frecuentes es en el servicio doméstico, que implica un mayor distanciamiento del hogar de origen, mucha carga de trabajo, pocos ingresos y poca estabilidad. «Nosotras (cuando estábamos en la casa ajena) hacíamos todas las cosas: cocinábamos, le llevábamos las criaturas a la escuela, y hacíamos toda la limpieza», refiere Rosa (Pirity).

El caso de Alicia, la campesina ya desarraigada de Hohenau, quien comenzó a trabajar como doméstica a los 14 años, no es insólito, como tampoco la discriminación y la llegada del hijo sin vivir con su pareja, que relata:

«Cuando recién me empleé en una casa ajena la señora me quería mucho; yo me alegré, porque siempre las patronas nos hacen de menos, pero ella no. De ella fui a trabajar a otra parte, de allí venía otra vez junto a mi mamá, luego me iba otra vez y así andaba, hasta que tuve hijo».

Esta situación general ha mostrado algunas variaciones según el contexto socio-económico al cual pertenecen estas mujeres actualmente. Quienes se encuentran ahora en la zona de viejo asentamiento recurren usualmente menos al empleo en el servicio doméstico en la región y trabajan más en la chacra de sus padres (4). Lo característico es que trabajen con sus padres hasta alcanzar más edad, con lo que logran adquirir una basta experiencia en labores agrícolas que incluyen el manejo de animales mayores, pero no participan de la administración de los ingresos obtenidos.

La descripción de Angela, la campesina de subsistencia de Taropé, se corresponde con las reglas tradicionales vigentes:

«Yo vivía en la casa y hasta los 22 años trabajé ahí. Trabajaba en la chacra, en la casa, carpía, plantaba mandioca, algodón, maíz, soja, ajo. Todo eso plantaba para mis padres, para que ellos vendan y la plata que entraba era para la familia».

Las mujeres que actualmente tienen nivel de subsistencia recurren más al empleo en el servicio doméstico y cuando quedan a trabajar en la finca paterna tienen un nivel de experiencia equivalente a las del grupo de infrasubsistencia, pero a diferencia de aquéllas logran administrar sus ingresos. Las formas en que relatan sus experiencias en las tareas agrícolas hace pensar más en roles tradicionalmente asignados a los hombres. «Me gustó siempre la chacra, menos la

(4) En las coyunturas socio-económicas críticas, sin embargo, las mujeres solteras y en menor medida las casadas, se emplean como domésticas en Buenos Aires. Un año crítico fue precisamente el que correspondió a la encuesta.

cocina, desde chiquita cualquier cosa me ponía y ya me iba detrás de papá a trabajar. El iba día de por medio a vender verduras y yo quedaba en la chacra», recuerda Ada, informante de la Colonia Pirapey, quien añade:

«Yo ataba los bueyes, araba, rastreaba, disqueaba y sembraba. Como tenía experiencia en la chacra, papá me daba para cultivar una hectárea de algodón para comprarme ropas, y para mis utensilios; y yo no pensaba en salir a trabajar afuera. En realidad, papá dejaba a mi cargo una parte de la chacra».

La posición socio-económica constituiría una de las explicaciones de estas diferencias en el manejo o no de los ingresos generados, de modo tal que las familias muy pobres disponen de menos recursos y tienen una administración muy controlada.

Aquellas mujeres que actualmente hacen parte de hogares campesinos excedentarios combinaban trabajos en la chacra con ayuda doméstica, cuidando a sus hermanos menores, por ejemplo. En la chacra trabajaban intensamente alentadas por sus propios padres, pero no administraban los ingresos. «De niña trabajaba en la chacra y en la casa de niñera, porque mi mamá tenía seguido sus hijos», cuenta Ada, de la Colonia Pirapey.

En términos similares se expresa Amelia, asentada en San Lorenzo, en una colonia de criollos establecida entre grandes empresas:

«En casa se mueve mucho trabajo, desde abril a julio se hace almidón, y yo trabajo en eso así como en la chacra. Soy muy trabajadora y mi papá dice que soy muy guapa y eso me halaga y trabajo hasta más no poder».

Las mujeres asentadas en la zona de las grandes empresas también trabajan fuera de sus fincas, semi-empleándose en el servicio doméstico en períodos de corto tiempo y teniendo siempre como referencia el hogar de origen. En estos casos se trata claramente de complementos de ingresos que se obtienen durante una parte del año en los centros urbanos tanto del Paraguay como de la Argentina (5).

En todos los casos, el trabajo afuera plantea el peligro (la posibilidad) de entablar relaciones con los hombres lejos de la protección (control) de la madre. El recuento de Julia, con residencia actual en San Lorenzo, muestra situaciones repetidas entre las campesinas pobres:

«Yo trabajé desde los 13 años en casas y chacras ajenas para ganar para mis ropas. Trabajaba en nuestra chacra (también). A los 16 años fui a trabajar en Asunción porque quería cosas que otras tenían y no conseguía trabajando en casa. Al principio no quería ir, tenía miedo porque siempre las campesinas tenemos miedo de que un hombre nos engañe y nos deje de balde. Fue mi hermano a buscarme dónde trabajar y así me iba por cuatro o seis meses y volvía a casa a trabajar a la chacra y cuando me cansaba de esto me iba otra vez. A veces me iba a la Argentina».

(5) El servicio doméstico era la única alternativa de empleo para las jóvenes campesinas sin instrucción de aquella época; lo que hace la diferencia, según niveles socio-económicos, es el hecho de que se trate de alternativas para sobrevivir o complementar el ingreso familiar total.

RESUMEN

A partir de una investigación cualitativa en el medio rural paraguayo, los autores sostienen que "los contenidos de las entrevistas definen las formas como las campesinas se representan sus papeles de madre, esposa y ama de casa y, particularmente, su conducta reproductiva. Estas ideas y construcciones propias del sentido común están en la base de la conducta cotidiana de estas mujeres y en sus decisiones referidas a alternativas de acción".

ABSTRACT

Having done a qualitative research in the Paraguayan rural milieu, the authors argue that "the contents of the interviews define the forms countrywomen imagine their roles of mother, wife and housewife, specially, their reproductive behaviors. These ideas and constructions of common sense are in the base of their daily behaviors and in their decisions about alternative ways of action."

